

Sonia VILLAR MAÑAS (ed.): *Sal, agricultura y ganadería: la formación de los paisajes rurales en la Edad Media*, Universidad de Granada, Granada, 2013, 303 pp. (ISBN: 978-84-937994-4-1).

Este volumen recoge los estudios que fueron presentados a la reunión científica celebrada en el municipio de La Malaha (Granada) en enero de 2011, en el marco del proyecto de investigación *Sal y ganadería en el Reino de Granada*. En él se reúnen diez trabajos que tienen como denominador común el territorio rural y su uso a partir del análisis de las principales actividades productivas. Aunque la actividad minera y la explotación de los recursos forestales no son abordados, las relaciones que se establecen entre la producción de la sal, la agricultura y, muy especialmente, la ganadería ofrecen un rico mosaico que permite extraer importantes reflexiones sobre el estado actual de nuestros conocimientos sobre la gestión del territorio rural en la Edad Media.

El libro comienza con un prólogo de su joven editora, Sonia Villar, que muy acertadamente incide en la cuestión fundamental: la necesidad de poner en relación las principales actividades productivas que caracterizan a las sociedades preindustriales a partir de un análisis combinado; lo resume muy oportunamente afirmando que “no podríamos obtener una visión cabal de la sociedad rural andalusí si solamente nos centramos en el estudio de la agricultura irrigada o la producción de la sal, sin poner ambas actividades en relación con la ganadería y, por supuesto, entre sí” (p. 15). En esos aspectos se basa su propio capítulo (pp. 43-70), que constituye una excelente visión global de un territorio concreto, el Quempe granadino; un espacio geográfico en el que las agriculturas de secano y regadío se insertan con soltura,

sorprendentemente, en el marco de una producción salina y ganadera predominante. También en el terreno del análisis combinado de las distintas actividades productivas puede ubicarse el trabajo de Luis Martínez Vázquez (pp. 71-98), si bien en un contexto geográfico muy distinto, el que conecta la llanura y la montaña de la Vega de Granada, sacando a la luz una potente actividad ganadera (en un espacio tradicionalmente entendido como eminentemente agrícola) y planteando algunas interesantes reflexiones sobre la diferenciación social en el seno de las alquerías. En una línea parecida podemos situar el texto de Jesús Brufal (pp. 127-150), que revela la decisiva conexión entre sal y ganadería en la configuración del paisaje andalusí leridano.

En el volumen también se incluyen trabajos más específicos, esto es, de límites muchos más precisos. El primero, sin duda, es el estudio de Antonio Malpica que abre el volumen (pp. 19-41); centrado en la organización socioeconómica del territorio de la frontera nororiental del Reino de Granada a partir del estudio concreto de la Hoya de Baza, representa un excelente ejercicio de análisis histórico a partir de los datos de un pleito de primera época castellana, pues expresa al máximo un tipo de registro, el escrito, que no suele ser visitado por los arqueólogos y que, sin embargo, sigue siendo referente ineludible en los trabajos de ganadería. También se puede incluir en este bloque de análisis más concretos el texto de Marcos García (pp. 99-126), que expone los primeros resultados obtenidos del estudio del material arqueofaunístico recuperado en el

yacimiento altomedieval de *Madinat Ilbira*; sus conclusiones confirman la necesidad de potenciar los estudios arqueozoológicos en arqueología medieval, que apenas se han desarrollado en España y pueden resultar decisivos en la comprensión de la sociedad andalusí y, muy especialmente, de los procesos de conquista y cambio cultural.

Los textos de Guillermo García-Contreras (pp. 169-203) y Bilal Sarr (pp. 151-168) se ocupan de la producción de la sal. Mientras que el segundo aborda la explotación de la sal en el África subsahariana a lo largo de todo el período medieval a través del estudio exclusivo de las fuentes escritas (que podrían haber sido fácilmente contrastadas con algunos datos arqueológicos recientes), el primero es un extraordinario ejemplo del análisis combinado de asentamientos y espacios productivos, en el marco de un análisis global de la organización social del espacio, tomando como punto de partida el estudio las salinas del norte de Guadalajara en época medieval.

El volumen lo cierran tres trabajos que comparten una cronología común, los siglos bajomedievales. El primero es un texto de Leonardo Soler (pp. 205-264) en el que se inserta, muy acertadamente, la producción de la sal en el estudio global (tan poco frecuente) del aprovechamiento de los recursos naturales; su observatorio es el Sur del Reino de Valencia, del que aporta una gran cantidad de datos (véanse las tablas de las pp. 257 a 264), pero sus conclusiones trascienden ese marco geográfico y permiten extraer conclusiones muy relevantes sobre el papel de la sal en la economía valenciana bajomedieval y sobre la indisoluble relación entre sal, ganado y pesca. El trabajo de Eva María Alcázar (pp. 265-280) es un buen estado de la cuestión sobre la producción y consumo de la sal en Jaén y refleja el

enorme trabajo de investigación que está por hacer. Finalmente, el volumen se cierra con una interesante (y sin embargo escueta) propuesta de estudio para la cuenca alta del Guadiana Menor (pp. 281-303).

Si desde los inicios de la disciplina arqueológica medieval los espacios agrícolas, especialmente los irrigados, habían protagonizado el debate historiográfico, en los últimos años ha empezado a adquirir gran relevancia el estudio de la ganadería y el de la producción de sal. La primera había sido denostada por la dificultad de su análisis arqueológico, alejado de los convencionalismos que permiten los estáticos campos de cultivo, y no había recibido la consideración que merece en el estudio global del espacio rural, especialmente en el caso de al-Andalus. La segunda, mucho más minoritaria, comienza a ser conocida y valorada, si bien dista mucho de ser entendida (y explicada) en su dimensión espacial. Trabajos como el que aquí analizamos ayudarán a superar estas carencias: desde la heterogeneidad de los territorios y los métodos de aproximación en él recogidos, en su marcada interdisciplinariedad, estos trabajos confirman la complejidad del espacio rural medieval y la necesidad de contemplar en su análisis todas las actividades productivas, asumiendo su continua interrelación y su habitual convergencia.

Jorge A. Eiroa Rodríguez
Universidad de Murcia